

CAPITULO XXXI

El hundimiento

El sol se había puesto y el crepúsculo vespertino oscurecía ya las calles, cuando la señora Clennam emprendió su marcha apresuradamente. En las inmediaciones de la vieja casa su presencia llamó poco la atención, porque había pocos transeúntes; pero cuando al remontar hacia el puente de Londres desembocó en una calle frecuentada, su aspecto produjo la más viva sorpresa.

Con ademán resuelto, pero pálida y flaca, semejante á un difunto que ha salido de la tumba, la viuda avanzaba rápidamente, con su antiguo traje negro y su chal en la cabeza, sin fijar su atención en los numerosos transeúntes, pero sirviendo de blanco á todas las miradas. Los curiosos se detenían para verla pasar, y los que iban de prisa contemplábanla un instante con cierta expresión de terror, cual si vieran un fantasma adelantarse hacia ellos.

Aturdida por la irrupción turbulenta de aquella multitud, por la nueva sensación que experimentaba después de su

largo aislamiento, y más aun por la palpitante realidad de aquel mundo, del que había estado separada durante tantos años, la señora Clennam proseguía su camino, más preocupada por sus ideas que por los observadores que la seguían; pero después de cruzar el puente y de recorrer cierta distancia, pensó en preguntar dónde se hallaba.

Entonces vió que la rodeaba un círculo de personas ávidas de curiosidad, ansiosas de averiguar quién era aquella mujer semejante á un espectro.

—¿Por qué me rodean ustedes?—preguntó con voz temblorosa á los que le impedían pasar.

Ninguno de los que estaban más próximos quiso contestar al pronto, pero al fin, una voz agria replicó:

—Porque está usted loca.

—Estoy tan en mi juicio como cualquiera de vosotros—repuso la viuda:—busco la prisión de la Mariscalía.

La misma voz contestó:

—Pues bien, no se necesita más para probar que está usted loca, pues precisamente se halla delante de esa prisión.

De repente, un joven de escasa talla y de expresión tranquila, acercóse á la viuda y le preguntó:

—¿Busca usted la prisión de la Mariscalía? En tal caso, cruce usted la calle y sígame.

La multitud, descontenta al ver que se acababa la diversión, agrupóse detrás y á los lados de la viuda, impidiéndola avanzar; pero al fin la señora Clennam y su conductor vieron abrir la puerta de la cárcel, que se cerró inmediatamente detrás de ellos. En la portería, una luz amarillenta luchaba ya con las primeras sombras de la noche.

—¿Qué ocurre, Juan?—preguntó el carcelero cuando hubieron entrado.

—Nada de particular, padre; esta señora no sabía su camino y los curiosos la molestaban. ¿Qué se le ofrece á usted?

—¿Se halla aquí la señorita Dórrit?

—Sí, aun no se ha marchado—contestó Juan, á quien pareció interesar la pregunta.—¿Tiene usted á bien decirme su nombre?

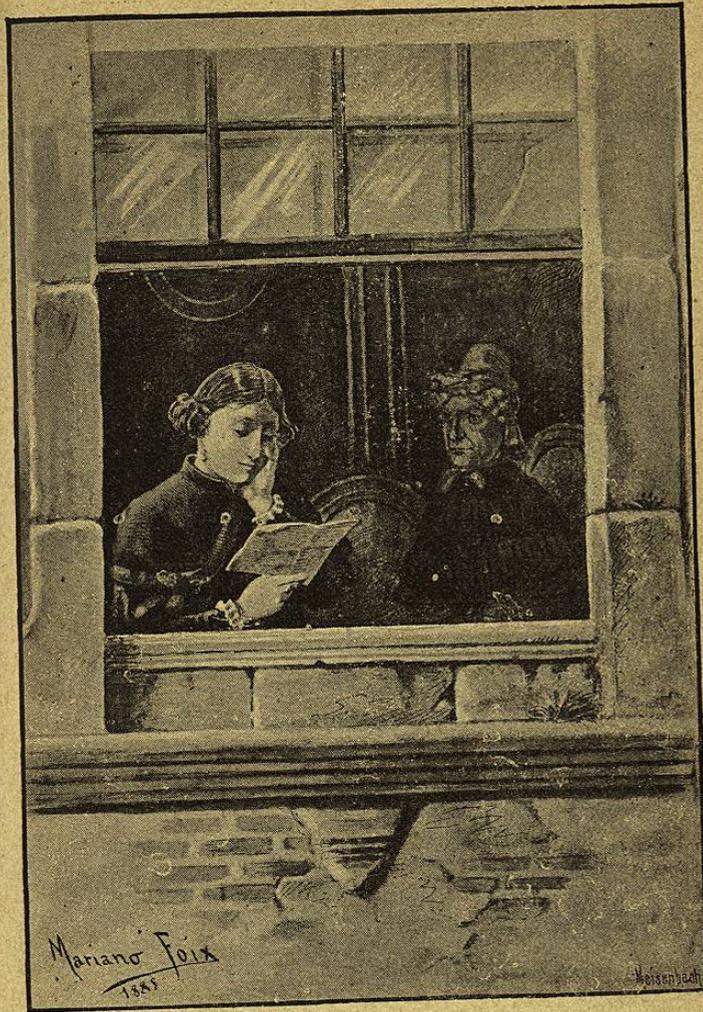
—La señora Clennam.

—¿La madre del señor Arturo Clennam?

Los labios de la viuda se oprimieron, y después de vacilar un momento contestó:

—Sí; más vale decir que soy su madre.

—La familia del director—repuso Juan Chivery,—se halla



La joven aprovechó la última claridad del crepúsculo para leer...

ausente por algunos días; de modo que, si usted gusta, puede subir á una de las habitaciones mientras yo aviso á la señorita Dórrit.

La viuda consintió; Juan cogió un manojito de llaves, abrió una puerta, y por una escalerilla de servicio condujo á la madre de Arturo á la sala del gobernador. Las ventanas daban al patio, ya obscuro, donde los presos fumaban acá y allá, ó paseábanse para matar el tiempo. La señora Clennam, completamente perturbada, contemplaba aquella prisión tan distinta de la suya, cuando de pronto la estremeció una exclamación de sorpresa proferida por una vocecita suave.

La niña Dórrit estaba á su lado.

—¿Es posible, señora Clennam—preguntó,—que se haya usted restablecido hasta el punto de...?

La joven se interrumpió al observar el semblante de la viuda, cuya expresión distaba mucho de expresar el contento.

—No; seguramente no es la salud ni la fuerza lo que me ha permitido llegar hasta aquí.

Y agitando su mano derecha, como para cortar aquella conversación, añadió:

—¿Ha recibido usted un paquete que debía usted entregar á Arturo si nadie lo reclamaba antes de cerrarse la puerta de la prisión?

—Sí.

—Vengo á pedírselo á usted.

La niña Dórrit sacó el paquete del bolsillo y entregóselo á la señora Clennam.

—¿Tiene usted la menor idea de lo que contiene?

—No.

—Pues lea usted.

Amy volvió á tomar el paquete y abrióle; pero como ya estaba obscura la habitación, fuéle preciso acercarse á la ventana, no sin recibir antes de la viuda un segundo sobre en el cual se leía: «A la señorita Dórrit.» La joven aprovechó la última claridad del crepúsculo para leer, y después de proferir una ó dos exclamaciones de sorpresa y de terror, terminó su lectura en silencio: al volver la cabeza, vió que su antigua ama estaba inclinada ante ella.

—Ahora ya sabe usted lo que he hecho—dijo la madre de Arturo.

—Sí—replicó la niña Dórrit,—ó por lo menos temo saberlo, pues tengo el espíritu demasiado turbado por los recuer-

dos y la compasión para darme cuenta de lo que acabo de leer.

—Le devolveré á usted cuanto le pertenece—dijo la viuda; —pero perdone mi falta. ¿Podrá usted perdonármela?

—Dios sabe que la perdono de todo corazón... mas no bese mi vestido ni se arrodille á mis pies; tiene usted demasiada edad para hacer eso, y además no lo necesita usted para que yo la perdone con toda mi alma.

—Aún debo pedirle otro favor.

—Muy bien; mas no en esa postura, que no es natural que su cabeza gris se incline ante mi juventud. Levántese usted, y permítame ayudarla.

Así diciendo, la niña Dórrit levantó á la señora Clennam y permaneció á su lado, algo atemorizada, pero mirándola con singular dulzura.

—El gran favor que debo pedir á usted, confiando en sus nobles y generosos sentimientos—dijo la señora Clennam,—es que oculte usted todo esto á Arturo hasta la hora de mi muerte. Si después de reflexionar le parece que puede ser ventajoso para él conocer el secreto viviendo yo, podrá revelárselo; pero no, creo que no lo pensará usted así y que me evitará el disgusto hasta la hora de mi muerte.

—Estoy tan desconsolada, y lo que acabo de leer me ha turbado de tal modo—repuso la niña Dórrit,—que apenas puedo contestar á usted con seguridad. Si estuviera segura de que la revelación de este secreto no puede proporcionar ningún bien al señor Clennam, yo...

—Ya sé—interrumpió la viuda,—que usted le aprecia mucho y que mira por él ante todo; es natural, y yo no lo censuro; pero si después de haber consultado sus intereses se cree usted con derecho para acceder á mi súplica, ¿me guardará el secreto durante el poco tiempo que me queda de vida en este mundo?

—Sí.

—¡Dios la bendiga!

La señora Clennam estaba en la sombra, de modo que á los ojos de la niña Dórrit, iluminada por la última claridad del crepúsculo, parecía sólo una forma confusa; pero su voz, al pronunciar estas tres últimas palabras tenía á la vez una entonación ferviente y ahogada; y hubiérase dicho que sus ojos, humedecidos en aquel instante, acababan de experimentar una emoción tan nueva como lo era el movimiento para sus miembros largo tiempo paralizados.

—Tal vez extrañe usted—añadió la viuda con voz más firme,—que yo prefiera confiarme á usted, á pesar de mis faltas, que al hijo de la enemiga que tanto daño me hizo, porque esta mujer, no sólo ofendió al Señor sino que emponzoñó mi existencia. Su recuerdo fué el que alejó de mí al padre de Arturo; si desde el primer día de nuestro casamiento inspiré horror á mi esposo, á ella se lo debo; y si para los dos he sido un azote, sólo esa mujer tiene la culpa. Usted ama á Arturo, lo adivino por su rubor, que ojalá sea para los dos aurora de días más felices; y sin duda se habrá preguntado ya por qué tengo menos confianza en Arturo que en usted, siendo de carácter tan dulce y misericordioso.

—Nada de lo que se refiera al carácter noble y benévolo del señor Clennam puede ser extraño á mi corazón.

—No lo dudo; y sin embargo, Arturo es la única persona á quien tengo empeño en ocultar ese secreto mientras yo viva. Durante su infancia, desde los primeros días que él podría recordar, le he educado con mano de hierro; mi severidad ha sido implacable para él, porque sé que el Señor hace recaer sobre los hijos las faltas de sus padres; y porque comprendí que Arturo estaba marcado desde su nacimiento con un sello fatal. Siempre estuve entre Arturo y su padre, que deseaba ansiosamente enternecerse con su hijo, porque era preciso que éste se salvara en la esclavitud y en los duros tratamientos. Aun me parece verle, vivo retrato de su madre, levantar su vista de los libros para dirigirme miradas de terror, procurando dulcificarme con su aire sumiso; pero con esto recordábame más á su madre y más se endurecía mi corazón.

Estas palabras, pronunciadas con tono lúgubre, producían en la niña Dórrit una profunda impresión de terror.

—Era para su bien—prosiguió la señora Clennam,—pues yo no pensaba más en mi ofensa: ¿quién soy yo y qué era mi odio personal después de la maldición del cielo? Yo ví crecer á ese niño, no en la piedad de los elegidos, porque el pecado de su madre era demasiado grande; pero sí con espíritu de justicia, de rectitud y de obediencia hacia mí. No me amó nunca, aunque yo lo esperé un momento... ¡tanto se complacía la corrupción de la carne en luchar contra los deberes que el Señor nos impone!... pero siempre me trató con el mayor respeto; y aun hoy mismo no ha cambiado sintiendo en su corazón un vacío, cuya causa no comprendió jamás; alejése de mí para seguir otro camino; mas al separarse, hízolo con las consideraciones que creía deberme. Tales fueron sus rela-

ciones conmigo; las que tuve después con usted, mucho menos íntimas, duraron muy poco tiempo. Cuando usted trabajaba en mi habitación, tenía miedo de mí, pero pensaba que yo la protegía; mejor informada hoy, ya sabe que cometía una falta. Ahora no quisiera, ni aun á cambio de la mayor recompensa que se pueda alcanzar en esta vida, verme arrojada del lugar que siempre ocupé á los ojos de Arturo; no quisiera convertirme para él en una extraña, digna de su desprecio y manchada de oprobio; si debe despreciarme, que no sea hasta después de mi muerte. Mientras me halle en este mundo, que no deje de existir yo para él, aniquilada á sus ojos, cual si me hubiera abrasado el rayo del Señor.

Si el desmesurado orgullo de la señora Clennam sufría espantosamente en aquel momento bajo la influencia de sus antiguas cóleras, no padeció menos al añadir:

—En este instante veo aun que tiembla usted delante de mí, cual si le pareciese que he sido cruel.

La niña Dórrit no tuvo valor para decir lo contrario aunque trató de disimular su instintiva repugnancia; infundíanle espanto las terribles pasiones que habían producido aquella devoradora llama, aquel incendio que duraba hacía tantos años; estremeciase ante las hediondas pasiones que se presentaban á ella en toda su horrible desnudez, sin que ningún sofisma pudiera cubrirlas con un velo.

—He llevado á cabo—continuó la señora Clennam,—la misión que el Señor me confiara; he luchado contra el mal y no contra el bien; he sido un instrumento de severidad contra el pecado. ¿No fueron elegidas en todo tiempo las simples pecadoras como yo para castigar á los enemigos de Dios?

—¿En todo tiempo?—repitió la niña Dórrit.

—Aunque me hubiese animado el recuerdo de mis propios agravios y el deseo de venganza, ¿no podría yo encontrar mil razones para justificar mi conducta? ¿No se halla escrita mi justificación en la historia de esos días lejanos en que los inocentes perecían con los culpables en la proporción de mil por uno... y en que la sangre misma no bastaba para aplacar la cólera del justo apoyado en los brazos del Señor?

—¡Oh señora Clennam, señora Clennam!—exclamó la niña Dórrit,—esos ejemplos de cóleras rencorosas y de implacables venganzas no son buenos de seguir, ni encierran consuelo alguno para nosotras. He pasado casi toda mi vida en esta mísera cárcel, y mi educación fué incompleta, pero permítame usted recordarle una época menos lejana y más feliz. Tome-

mos sólo por guía á Aquél cuya misión era curar á los enfermos, despertar á los muertos y consolar á los afligidos; piense usted en el dulce y divino Maestro, que vertió lágrimas de compasión sobre nuestras flaquezas, y advierta que no podemos engañarnos al olvidar todo lo demás para acordarnos sólo de El. Por lo que yo sé, no se habla de venganzas ni castigos en la historia de su vida; y esté usted segura que no podemos extraviarnos al seguir en lo posible sus huellas.

Y como al pronunciar estas palabras elevase los ojos al azulado cielo, la niña Dórrit presentó un contraste singular con el enlutado espectro medio oculto en la sombra; pero la existencia y la doctrina en que la joven se apoyaba, ofreció un contraste más notable aun con la historia de la asociada de Jeremías Flintwinch.

La señora Clennam bajó de nuevo la cabeza sin despegar los labios, permaneciendo silenciosa hasta el momento en que el primer toque de la campana anunció á los visitantes que era llegada la hora de salir.

—¡Tan pronto!—exclamó la viuda estremeciéndose.—Le he dicho á usted que me restaba pedirle una gracia, y si quiere concedérmela no hay tiempo que perder. El hombre que encargó entregaran á usted el paquete y que posee los originales de estos papeles, espera en mi casa el precio de su silencio, y sólo comprándole podré impedir que lo revele todo á Arturo; pero exige una crecida suma, más dinero del que puedo reunir si no me da tiempo. No ceja en su pretensión, y amenaza con dirigirse á usted si no acepto sus condiciones. ¿Quiere usted acompañarme, para que vea que ya lo sabe usted todo, á fin de que sea menos exigente, ayudándome así á librarme de las garras de ese tigre? No me rehuse lo que le pido en nombre de Arturo, aunque no me atreva á pedirlo por el amor de él.

La niña Dórrit no se hizo rogar; desapareció en el interior de la prisión, y volviendo á los pocos minutos dijo á su antigua señora que ya podían marchar. Un momento después bajaban por la gran escalera, á fin de que no las vieran desde la portería, y cruzando el patio de entrada, tranquilo y desierto en aquel instante, salieron á la calle.

Era una de aquellas hermosas noches de verano que parecen un largo crepúsculo; la perspectiva formada por las calles y el puente de Londres dibujábase claramente bajo un cielo puro y sereno; habían cesado los rumores y el activo movi-

miento del día; y la señora Clennam y su acompañante eran las únicas personas que andaban de prisa.

Menos notada en aquel momento, por ir acompañada y haber desaparecido la claridad del día, la señora Clennam se pegaba á la niña Dórrit, sin que nadie pensase en molestarla. Las dos mujeres, penetrando en la misma callejuela que la viuda tomó antes para remontar hacia el puente, avanzaron por travesías desiertas y silenciosas, y ya iban á franquear el umbral de la puerta cochera de la casa, cuando de pronto detuviéronse espantadas al oír un gran estrépito semejante á un trueno.

—¡Qué ruido es ese! Entremos pronto—exclamó la señora Clennam.

Ya estaban junto á la puerta, pero la niña Dórrit, profiriendo un grito de terror, detuvo á su compañera.

Durante un momento vieron ante sí la antigua mansión donde Blandois se deleitaba con su cigarrillo en la boca; pero un instante después resonó como un segundo trueno, la casa pareció elevarse y se dilató, abriéronse grietas por todas partes, y hundióse toda su mole con horrísono estrépito.

Aturdidas por aquel ruido, sofocadas y cegadas por el polvo, las dos mujeres ocultaron el semblante entre las manos permaneciendo inmóviles. El torbellino que se elevó entre ellas y el cielo sereno permitió ver un instante las estrellas; y cuando la viuda y su acompañante comenzaron á pedir socorro, la pesada red de chimeneas que aún permanecían en pie como una torre en medio de un huracán, vaciló, se rompió y cayó, arrastrando un torrente de piedras, como si éstas hubieran querido sepultar más profundamente al miserable que debía perecer bajo las ruinas.

Ennegrecidas por el hollín y el polvo que las cubría, la viuda y la niña Dórrit se alejaron profiriendo gritos de alarma y de terror; pero muy pronto la señora Clennam cayó en tierra; y desde aquel día ya no pudo levantar un dedo ni pronunciar una sola palabra. Durante más de tres años permaneció echada en su sillón de ruedas, fija la vista en cuantos la rodeaban, y comprendiendo al parecer lo que se decía; pero ya no pudo romper el silencio que durante tantos años se impusiera obstinadamente por su propia voluntad. Solamente movía los ojos para expresar un *sí* ó un *no*; pero por lo demás vivió y murió como una estatua.

La anciana Affery, que había ido á la prisión á buscar á su señora, y que la vió desde lejos en el puente, llegó á tiempo

para recibirla en sus brazos y ayudar á que la condujeran á una casa inmediata, donde comenzó á cuidar de ella con una solicitud que no se desmintió hasta la última hora.

Ya dejaba de ser un misterio la causa de todos los rumores extraños que la anciana oía continuamente; semejante en esto á muchas personas de inteligencia superior, había consignado hechos del todo exactos, pero sacando de ellos falsas deducciones.

Cuando las nubes de polvo se hubieron disipado, recobrando la atmósfera su serenidad, una multitud de curiosos invadió las inmediaciones de la casa, y formáronse grupos de trabajadores para explorar las ruinas. La voz pública, que todo lo exagera, hizo circular el rumor de que se hallaban al menos cien personas en la casa al ocurrir el hundimiento; después se rebajó este número á cincuenta; y al fin se confirmó que sólo se contaban dos. Según se decía, las dos víctimas eran un extranjero y el señor Jeremías Flintwinch.

Los operarios dieron principio á las excavaciones con el mayor afán para retirar los escombros, que se cargaban rápidamente en carros y carretas; pero hasta el segundo día no se descubrieron los inmundos restos de R'gaud, cuya cabeza había sido pulverizada como el vidrio por aquella gruesa viga que él contemplaba con tanta satisfacción antes de la catástrofe.

En cuanto á Flintwinch, no se encontró rastro ni vestigio, á pesar de haberse continuado las excavaciones día y noche sin descanso. Muy pronto circuló el rumor de que la casa tenía grandes sótanos (lo cual era verdad,) donde el viejecillo se hallaba al ocurrir el hundimiento, y que pudo guarecerse debajo de una bóveda sólida; hasta pretendíase que había gritado á los trabajadores con voz cavernosa y ahogada:

—¡Aquí estoy!

De un extremo á otro de la ciudad circuló después la noticia de que los trabajadores habían conseguido establecer una comunicación con el socio de la señora Clennam por medio de un largo tubo, que sirvió para hacer llegar á sus manos algunos comestibles, después de lo cual Flintwinch había gritado con mucho vigor:

—¡Bravo, amigos míos! Todo va bien, sólo me he roto la clavícula.

Los trabajos continuaron hasta que se hubieron barrido las ruinas, dejando en descubierto los sótanos; pero ni aun en-

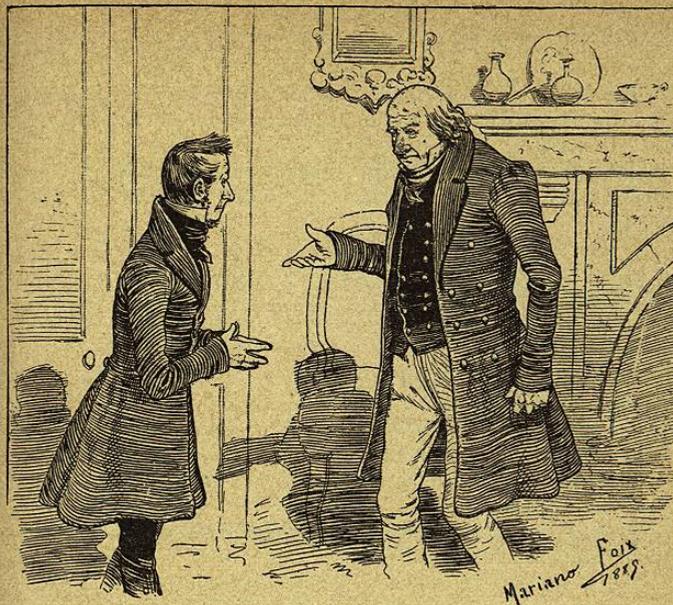
tonces se encontró la persona de Jeremías, ni con clavícula ni sin ella.

Poco después adquirióse la certeza de que el señor Flintwinch no estaba en la casa al ocurrir el accidente; y no se tardó en saber que había tenido gran ocupación en otra parte, cambiando diversos valores en metálico, y aprovechándose de su título de socio de la casa de Clennam para embolsar todos los fondos.

Affery, recordando que el viejecillo había anunciado que se explicaría dentro de veinticuatro horas, quedó convencida de que aquella desaparición tan precipitada era el resumen completo y satisfactorio de la explicación prometida; pero no dijo una palabra, y dió gracias al cielo por haberla librado de su esposo.

Y como en buena lógica parecía bastante inútil tratar de desenterrar un individuo que jamás estuvo sepultado debajo de tierra, renuncióse á continuar las excavaciones cuando se hubo llegado á los cimientos, no juzgándose oportuno buscar á Flintwinch hasta las profundidades del globo.

Esta determinación produjo gran descontento entre los habitantes de la ciudad, los cuales persistieron en creer que el pobre Jeremías constituía ya parte de la formación geológica de la gran metrópoli, aunque algún tiempo después se habló con frecuencia de un viejecillo que solía llevar el nudo de la corbata cerca de una ú otra oreja, y á quien se encontraba por lo régular acompañado de holandeses en las calles de la Haya ó en las tabernas de Amsterdam.



CAPITULO XXXII

La venganza de Pancks

Como Arturo seguía enfermo y el señor Rugg no vislumbraba en el horizonte legal ninguna probabilidad para mejorar los asuntos de su cliente, Pancks se culpaba cada día más severamente de haber sido causa de la prisión de Clennam, que en su concepto debía pasear en coche, en vez de hallarse vejatando en una cárcel. El pobre agente se lamentaba también de verse reducido á vivir de sus escasos haberes, debiendo tener, en su opinión, tres ó cuatro mil libras esterlinas.

Pancks, sin más consuelo que los cálculos que en tan mal hora juzgó inerrables, y que repetía continuamente á cuantos querían oírle, vivía pues muy agitado y considerábase desgraciado, por lo cual impacientábase cada día más el yugo del Patriarca. Sus resoplidos indicaban ya cierto enojo, y varias veces el agente había contemplado las protuberancias del cráneo de Casby con más atención de la que convenía á un hombre que no era pintor ni peluquero.